

UN TERRITORIO DEL AMPARO

«...la luna navegante y sola, reina destituida, reina más que Diosa de un mundo que fue y se perdió. Reina convertida en Diosa de los muertos, de los condenados al silencio y de los fríos. Socorredora de los sin patria.»

María Zambrano

La idea del viaje es recurrente en «Migraciones: sonidos desiertos» de Alberto Letamendi. Aquí encontramos a diversos seres en movimiento, pero la cuestión que se plantea es la siguiente: ¿hacia dónde caminan los seres que pinta Letamendi? Sin duda, la idea de viaje connota siempre un destino, un lugar hacia donde dirigirse. En este caso, nos encontramos más bien con un peregrinar sin destino: esa es la sensación que estos seres desamparados transmiten. Se hallan en territorios vacíos, desiertos. Así su peregrinar se convierte más bien en un exilio.

Como la Diótima de Zambrano recuerda, el ser del exilio se caracteriza por su no pertenencia a la tierra. Ser exiliado es sentirse ajeno, sin filiación, y, por lo tanto, en perpetuo movimiento, sin identidad estable, como los caracoles de Letamendi, que aunque despacio no dejan de moverse. Las identidades de los exiliados son ahora múltiples y cambiantes, permanentemente parciales. La Diótima de Zambrano se siente exiliada y ajena a la tierra, y pone de manifiesto el sentimiento de no pertenencia que muchos hoy sienten, y no sólo aquellos marcados por la migración geográfica o territorial.

Frente a un ser entrañado nos encontramos con un ser extrañado. Frente a un ser reconciliado con la vida tenemos ahora a un ser desterrado, huérfano.

Las zapatillas de estos exiliados manchan el cuadro marcando su paso. Las zapatillas dejan una huella, pero la zapatilla es la huella de su ocupante, que ya no está. Aquellos que han partido ya de este tiempo y este espacio.

Los caracoles de Alberto Letamendi nos recuerdan que el extrañamiento del ser contemporáneo no es sólo de carácter geográfico o temporal. El carácter hermafrodita y mixto de los caracoles es imagen del mestizaje actual de los nuevos sujetos. Frente a un criterio de normalidad, los migrantes se deslizan también más allá de su cuerpo, de su sexo o de su género.

Esta migración comporta un tiempo lento y silencioso. La lentitud con la que se arrastran los caracoles y salamandras en los cuadros de Alberto Letamendi recuerda el silencio de los migrantes: así se deslizan las nuevas identidades subjetivas. Porque sólo es posible articular estos nuevos sujetos desde los márgenes de la normalidad.

La metáfora cyborg de Donna Haraway permite pensar el carácter de estas nuevas identidades. Recordemos que el cyborg es metáfora que critica las fronteras que se establecen entre diversas dicotomías tales como las que hay entre la mente y el cuerpo, lo animal y lo humano, el organismo y la máquina, la naturaleza y la cultura o los hombres y las mujeres, entre otras. Estos límites son puestos en cuestión por el cuerpo cyborg, en tanto que híbrido que señala "apretados acoplamientos inquietantes y placenteros". Además, el cuerpo cyborg de Haraway no acaba en los límites físicos que la piel del cuerpo señala. Por ello, el cuerpo cyborg es fluido, mostrando la elasticidad de la identidad y de la encarnación sexual. Así, los nuevos sujetos cyborg son flexibles y móviles, nómadas hijos de la diáspora. Por ello, podemos afirmar que la nueva política que necesitan los nuevos sujetos es una política de cruces fronterizos.

Estos son los cruces fronterizos que pinta Alberto Letamendi, en los que la brevedad del encuentro insinúa más bien un roce, no pudiendo saber qué acontece en esa encrucijada en la que dos seres se encuentran. Pero estos encuentros pasajeros son los que permiten establecer un nuevo territorio común.

Quizá esa luz en el horizonte que Letamendi nos deja a veces vislumbrar sea icono de la nueva geografía política que se precisa: la de un lugar donde sea posible construir un nuevo ciudadano, un espacio para la coalición donde poder articular compatriotas en una comunidad de diferentes. Porque ese es el destino hacia el que se dirigen los seres desarraigados que pinta Alberto Letamendi: un territorio del amparo.

Isabel Balza
Jaén, invierno de 2007